



Arturo Marasso a través de su biblioteca

Nicolás Matijevic



Bahía Blanca, 25 de junio de 1970.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Sin Derivadas.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Información adicional en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/9>

ARTURO MARASSO A TRAVES DE SU BIBLIOTECA

Nicolás Matijevic

La dimensión intelectual y humana de Arturo Marasso se refleja en su múltiple obra, y en modo especial en la selección y formación de sus colecciones, obra de tan plena madurez y tan digna de ser imperecedera como todas las del insigne escritor.

Esa íntima relación entre el lector, el libro y el autor non de la pauta de las condiciones humanas de este patriarca literario.

"Non solus..." no vivió solo, el Maestro, sino rodeado de las más preclaras voces de todos los siglos; en ese mundo de su Biblioteca crecieron su alma y toda su obra. Así lo indica en "El libro de Berta":

"En ese laboratorio de las palabras y los días, ante los muros que juntan la historia de los hombres, surgió la meditación que siempre acechaba una rama verde que crecía entrando en la habitación, una tela de araña cuyo dibujo sabio admiraba"...

"Allí se forjaron los grandes poemas, la innumerable suma lírica, los estudios de erudición"...

Su biblioteca -y al decir "su biblioteca estamos diciendo su vida, su obra, su mundo- es un paradigma de equilibrio en la lectura, reflejo del equilibrio admirable de su mundo interior. Nos da la dimensión de la amplitud de su espíritu y la variedad de sus intereses, y nos revela que no se aferró a una sola verdad pensando que ya todo estaba dicho. El axioma "timeo hominem unius libri" pudo haber sido creado por él.

No obstante, dentro de la variedad humanista de su recopilación bibliográfica puede apreciarse claramente una intencionalidad en su centro de atracción del mundo de la antigüedad clásica y la literatura occidental, principalmente la española. Entre las obras fundamentales griegas y latinas, en ediciones modernas la mayoría con traducción francesa, resaltan por su número los textos y comentarios de Platón, del pitagorismo y la línea del simbolismo hermético. Son interesantísimas y valiosas las obras del renacimiento y barroco español, bastantes en primeras ediciones, así como traducciones al español de autores clásicos.

Pero su modo de asumir la vida quizá se entienda mejor si decimos que leyó mucho, y no que leyó muchas cosas. Porque supo dejar de lado todo lo circunstancial y accesorio, para reunir en torno suyo las presencias más dignas de todos los tiempos.

Nos explica su criterio selectivo en un párrafo de "La lectura":

"No se ha de seguir cada nueva opinión por solo ser nueva, ni se obligará a creer, por desestima de la tradición, por superficial elegancia, lo que no aprueba la eficacia del examen lúcido; bueno es entregarse a la simpatía generosa, hay mezquindad en cerrar los oídos a lo que no sea moderno como si se viviera en una cueva; la lectura frecuente, confrontada y estudiosa de los grandes maestros de todos los tiempos nos lleva a donde el camino para aprender y para iniciarse en el arte no es el de negar el lugar donde no se ha estado, sino el de indagar dónde nos encontramos."

Como escritor que cifra su vida en el fruto del libro, estaba en la mejor situación para comprender el significado y el valor de cada uno de esos emisarios que llegaba hasta sus manos. Como él mismo lo dice, los reunió "con tenacidad gozosa", y la llegada de cada uno de ellos "en los bellos días"... "era una fiesta en la casa". Al incorporar un libro a su Biblioteca, estaba incorporando una nueva verdad a su propia alma. Lo leía como se toma un alimento, por necesidad orgánica, con total autenticidad. Y a través de él adquiriría otra vida, como él mismo lo explica "El lector que disfruta el regalo de su estante con libros propios, que vive la hora de la belleza, el delicado instante de descubrimiento, de confrontación y de análisis, está ensanchando en el mismo el límite. Al descifrar, conocer y hacer propio el pensamiento de esclarecidos maestros, adquiere una nueva existencia". (La lectura).

Como bibliófilo, Marasso exigía de un libro calidad en el texto, belleza en las ilustraciones, excelencia artística y técnica en su presentación. Pero no lo confundamos con un mero coleccionista; su interés por el ropaje del libro es un resultado de su erudición y de su capacidad para apreciar el contenido de cada uno de los volúmenes.

Se relaciona amistosamente con todos aquellos que viven en contacto con libros, que hacen de ellos, de algún modo, el objeto de su vida.

Su misma vocación de hombre de letras lo hace amigo de otros autores, que le dedican cada una de sus obras; conoce y trata a aquellos libreros de antaño, hombres en quienes el interés cultural y espiritual sobrepasaba a menudo al material y cuyas librerías eran, más que lugares de negocios, sedes de verdaderos cenáculos literarios.

Estos libreros, que conocían los gustos y necesidades de cada uno de sus clientes, que compartían a menudo la admiración que estos sentían hacia determinado autor, le brindaron sin duda su ayuda.

Así como Arturo Marasso supo apreciar las actividades de esos que podemos llamar "gli amatori del libro", valoró también la actividad creativa de los encuadernadores.

Amante de los libros porque ellos eran portadores de otras tantas vidas, quiso darles, también en lo material, perdurabilidad y belleza. Quiso que el substrato material del libro coincidiera con su perfección y su eternidad espiritual. Cada libro reclama una vestimenta acorde con su interior, con su contenido. Y en este sentido la Biblioteca de Arturo Marasso nos ofrece una gama de variaciones, de discretos y armónicos colores, de finos y preciados materiales. Son encuadernaciones venerables por su antigüedad, ilustres por su origen, valiosas por el arte del dorador, que ha trazado con sus hierros los filetes, las puntillas, los follajes, los emblemas, los escudos que encantan las hojas.

El arte se une al arte; la perfección de la obra misma se encuentra felizmente con la sabia arquitectura del libro como objeto estético.

Los artífices fueron viejos encuadernadores porteños y platenses de origen italiano, inseparables amigos del gran maestro.

Estos artesanos, escultores del libro, ya se han ido, no existen más. Pero afortunadamente, en la Biblioteca de Marasso podemos tener en las manos estos tesoros, sentir, ya antes de abrirlos, una emoción litúrgica, pues su aspecto exterior es la digna custodia que anticipa la trascendencia de su contenido.

Este insigne patriarca de la literatura y la crítica literaria, el gran maestro, el bibliófilo Arturo Marasso, vivirá asociado a la presencia de su soberbia colección de libros, tesoro bibliográfico que, por fortuna, enriquece y galardona nuestra Casa de Altos Estudios y nuestra misma Ciudad, ofreciendo a las generaciones estudiosas de nuestro medio académico inapreciables fuentes de honda cultura humanística.